

## SAN FRANCISCO DE ASÍS

### y las fuerzas renovadoras del amor

Conferencia de doña Blanca de los Ríos Lampérez, al cumplirse el séptimo centenario de la muerte de San Francisco de Asís

Hablar de San Francisco de Asís, del hombre que, como dijo Renán, amó más en el mundo después de Jesús, en los tiempos de la mayor epopeya de la fuerza, del odio y del egoísmo, es como hablar del milagro de la visión física y de la magia reveladora de la luz ante un ciego de nacimiento.

Evocar al humilde entre los humildes, al negador de sí mismo en una hora en que cada intelectual, cada agitador de muchedumbres, cada rey del petróleo o de la hulla se tiene por único y solo, y suprime, si no en la realidad, en el deseo, a todo competidor posible; en un mundo en que la soberbia no deja ni practicar las obras de misericordia (¿cómo enseñar al que no sabe si hoy todos nacen omniscientes? ¿Cómo dar buen consejo a quien lo ha menester ni corregir al que yerra si ya el consejo y la corrección son recibidos como ofensas personales?); evocar al santo que se derretía en amor a Dios y a sus criaturas en tiempos en que la sed de oro, de dominio y de goces sensuales ha endurecido el corazón del hombre hasta hacerle perpetrar el mayor fratricidio de la historia la guerra mundial; en tiempos en que la vanidad, el culto a la carnal belleza van secando en el alma de la mujer las altas virtudes de la maternidad; evocar al suavísimo amador de la Pobreza y anulador de sí mismo en un mundo en que sólo imperan y se divinizan la fuerza y el dominio; hablar del renovador de la obra de Cristo en un mundo donde el ansia de goces perpetuos y el loco dinamismo sin objeto que arrebató a las gentes, acaso en huida de su inquietud interior, van dejando vacío y abandonando el recogido hogar; evocar al llagado, al crucificado de Abernia en un mundo que ahito de mantería crasa y espantado ante la muerte sin *más allá* quiere escapar a su abismo interior por los portillos de la superstición o del

delito o intenta llenar el vacío de la vida ultraterrena con las embriagueces criminales de las drogas, malditas fingidoras de paraísos morbosos que atrofan la conciencia, anulan el albedrío y agotan y envenenan las sagradas fuentes de la vida; hablar del que vivió extático en Cristo y murió anegado en su amor en un mundo voluntariamente sordo a las voces de lo alto, parece verdadera insensatez, anacronismo espiritual, género de locura opuesto a la locura que padecen los hombres del siglo XX.

¡No importa! ¡Es tan hermoso ser locos por amor, locos «con la celestial locura donde se aprende la verdadera sabiduría!» como dijo nuestra Santa Teresa de Jesús.

En el amor de Dios, en su querer que es amor, se encendieron los soles y las almas, se originó la creación inmensa y bebieron sus luces reveladoras la Belleza creadora del Arte, la Verdad y la Sabiduría maestros de los hombres, la Caridad sustentadora de la sola paz posible en el mundo, aquella paz que se daban en el rostro Jesús y sus discípulos, aquella paz con que, antaño se saludaban señores y plebeyos en los campos de mi Andalucía, ¡la paz de Dios!, la herencia que nos legó Cristo cuando dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo». La paz de Cristo que es amor y no se firma como suelen las paces entre los pueblos en un jirón de papel que arrebató el primer soplo de codicia, se firma en un abrazo de amor de caridad; por eso es paz y no contrato.

Toda la moral cristiana se resume en los dos mandamientos: de amor, síntesis del Decálogo, y todas las hecatombes, conflictos y pecados del mundo actual proceden del olvido de esos dos mandamientos: del desamor a Dios y al prójimo. Sin amor a Dios no se puede, no se sabe amar como se debe a sus criaturas, y sin amar a las criaturas no se puede amar a Dios; ya lo dijo Santa Teresa: «Señor: quien no amase al prójimo no os ama».

Y el más perfecto amor de Dios y de sus criaturas fue San Francisco de Asís. Y ¿qué hizo San Francisco de Asís en la tierra?

Para los hombres prácticos y calculadores; para los que

de *las dos realidades* sólo ven la externa, la material, la que se mustia y pulveriza con la efímera flor de la carne; para los eternos fariseos que siguen lamentando el *desperdicio* del unguento de nardo, San Francisco no hizo nada. En efecto: San Francisco no hizo nada más que amar, y amando renovó el mundo. Comparad la esterilidad de alma de los negadores de hoy que porque lo saben todo menos amar han perdido los caminos de la paz verdadera y no reciben la visita del Espíritu, ni el soplo engendrador de nuevas formas y de nuevas edades del Arte; comparad la esterilidad de los negadores con la obra del pobrecillo de Asís, que porque supo amar regeneró la Humanidad, creó una nueva edad del mundo, una primavera de espiritualidad, de vida y de belleza! ¡Qué asombrosa lección de historia y de psicología comparadas!

Nunca tuvo el mundo tanta sed de luces creadoras como en esta edad que no alumbra una forma nueva y propia de Arte, aunque desesperadamente la busca por todos los caminos y atajos, hasta por los de la extravagancia más vecina a la locura.

Pero la negación y la soberbia son estériles como las arenas del desierto, y el alma humana, después de haber conocido la verdad en Cristo, no concebirá belleza nueva abrazada al error, estancada en la duda, atarida de escepticismo.

Nunca tuvo el mundo tanta sed de paz como ahora que después de la más inhumana de las guerras y ante tormentas de odio y de sangre como la que despuebla y aniquila a Rusia, se siente temblar de espanto las entrañas de la Humanidad temerosa de nuevas y acaso más exterminadoras hecatombes.

Sólo una gran efusión de amor, un gran incendio en caridad puede salvar y renovar el mundo,

Por eso nunca se impuso tan poderosa, tan ineludiblemente la evocación del grande amador de Asís, del que incendió en amor la Edad Media, del santo de cuyo corazón brotó la llama de amor que purificó el mundo y alzó las catedrales y suscitó una segunda primavera evangélica, y creó una doble asombrosa acción social: las misiones y la Tercera Orden, y encendió con su soplo abrasado en el Amor de los Amores la

gran hoguera mística que renovó todo el ambiente espiritual de Europa y produjo al Dante y al Giotto y engendró en ellos todo el arte cristiano lleno de vida y salud. Incalculables, maravillosos fueron los frutos de la difusión de la doctrina y del espíritu franciscano por el mundo; ciencias físicas naturales, filosofía, sociología, artes, todo renació purificado, renovado, con tan prodigiosa transfusión de vida.

Felicisimamente observa la insigne condesa de Pardo Bazán que «la obra de San Francisco de Asís reúne al carácter contemplativo otro muy positivo y práctico», que al dictar enseñanzas ascéticas señaló también leyes de higiene e impuso a sus frailes deberes de enfermeros—singularmente para con los leprosos,—«que los franciscanos principal y señaladamente cultivan la medicina física...» y añade, que «el predominio del misticismo aynda también a despertar entre los franciscanos el amor a la indagación científica, eximiéndola de los dogmatismos de escuela; y no contribuyen poco al mismo fin las misiones a tierras remotas en que *los viajeros por Cristo* preludian las glorias geográficas de Colón y eclipsan las de Marco Polo».

Y así fue; aquel celo de verdad, aquella alta conciencia, aquella profundísima humildad inseparable de toda investigación sincera y de toda obra fecunda, aquellas virtudes franciscanas que aplicadas al Arte iban a infundirle nueva vida, aplicadas a la indagación científica iban a dar a los franciscanos, exploradores de Dios, la gloria de realizar las primeras conquistas de la ciencia; así con Rogerio Bacón, emancipándose de la rutina de escuela, crearon el instrumento de toda investigación científica; el método experimental, y con Bacón adelantándose desde el siglo XIII, a los descubrimientos modernos, dieron pasos de gigante en el camino de las ciencias físicas definiendo la ley de la visión, los fenómenos de la luz, las propiedades ópticas de los vidrios, presintiendo el microscopio y el telescopio y otros muchos secretos fisicoquímicos; y por labios de Bacón, profeta de la ciencia, anunciaron todos los inventos que hoy nos suspenden y maravillan; los instru-

mentos para mover grandes naves, « rigiéndolas un solo hombre » los carros que caminarían con increíble rapidez, sin que tirase de ellos animal alguno—es decir, el automóvil—, el mecanismo con que podría el hombre recorrer el fondo de los mares sin peligro de ahogarse—es decir, el submarino—, el artificio por medio del cual un hombre sentado, moviendo con un resorte ciertas alas, viajase por el aire, como un pájaro—es decir, la aeronave cuyos vuelos nos asombran en estos días—. De suerte que aquel humilde franciscano medioeval, que al inventar la pólvora transformó el mundo, abarcó entera la concepción de las ciencias fisiconaturales, y lo que no pudo descubrir por sí mismo, lo vio y lo anunció con presciencia que parece sobrehumana.

Y ¡ qué decir de la aportación asombrosa, incalculable, de los misioneros franciscanos al acervo de la geografía, de la geología, de la filología, de la historia, de la cultura universal! ¿Cómo enunciar aquí ni en apretada síntesis la inmensa acción social, evangelizadora y cultural de los franciscanos por todos los ámbitos de la Tierra y su cooperación incalculable a la educación del mundo!

Baste recordar que desde que San Francisco inició en persona la colosal cruzada y envió a sus frailes a predicar el Evangelio por toda la Tierra, no hay empresa geográfica y civilizadora, desde la más pequeña a la más grande, a que no vayan unidos el nombre, el genio o la sangre de un franciscano, desde los que sucumbieron ignorada cuanto gloriosamente en el propio siglo del Santo, en el Mogol, en Palestina, en Africa, a los que en la Rábida albergaron a Colón y le alentaron a descubrir un Nuevo Mundo, o como Cisneros iniciaron en Orán la conquista de otro continente para el Evangelio y para España, y los que cristianizaron a América y los que con desprecio de mil penalidades y de mil muertes en las regiones más incultas e inhospitalarias, en Siria, en Egipto, en toda el Africa y en la China siguen ensanchando los dominios de Dios y de la civilización.

Baste recordar que de una humilde misión franciscana, de la misión de un franciscano español, fray Junípero Serra, brotó

poco a poco la que hoy es opulentísima metrópoli de California, que aún ostenta el nombre (para gloria nuestra no traducido) del pobrecito de Asís: San Francisco.

La acción del espíritu de San Francisco sobre toda la espiritualidad humana fue tan grande que desde el siglo XIII sigue ejerciéndose sobre el mundo repartida en dos corrientes: la ascética y la mística. La ascética encarnó en la Tercera Orden que, como ha dicho el insigne Vásquez de Mella, « en vez de llevar el mundo al claustro, como las demás fundaciones, llevó el claustro al mundo », purificó y ordenó el vivir de la familia y de la sociedad cristiana y ejerció una portentosa acción social que alentada por la voz de los Pontífices, por la de León XIII, sobre todo, se continúa y debe aún crecer triunfalmente entre nosotros, porque, como el gran León XIII dijo en su Encíclica *Auspicato*, « la Tercera Orden será el remedio de los males sociales en la edad presente », porque « la Tercera Orden—en frase del mismo excelso Pontífice— no es más que el Evangelio en acción, el Evangelio aplicado a los pueblos ».

La segunda corriente, la mística, es un río de llamas en el cual encienden sus antorchas alumbradoras de los siglos la Santidad y el Arte.

Todos los grandes santos posteriores a San Francisco y más excelsamente que todos Santa Teresa de Jesús, han participado de su espíritu de amor. Todos los grandes artistas posteriores al Serafín de Asís han bañado sus almas en el río de lágrimas que fluye del alma de aquel grande amador; todos han bebido del raudal inagotable de la ternura franciscana para con todas las criaturas de Dios, de tal suerte que la magna acción del santo de Umbría sobre el arte ha creado, no una escuela, no una modalidad, pero sí un gran influjo afectivo, un gran influjo de amor que borrando hasta la memoria de la impassibilidad clásica ha cristianizado plenamente al Arte, ha bautizado al Apolo helénico, le ha bautizado con llanto de caridad, y las entrañas del marmóreo dios indiferente han palpitado de ternura humana y el mito de la Belleza antigua ha perdido su divinidad, y sobre su ara vacía se ha le-

vantado una nueva expresión de la Belleza: el franciscanismo estético, la Belleza cristianizada, la Belleza con entrañas de amor.

El franciscanismo—denominación aceptada ya hasta por los no creyentes, hasta por los antirreligiosos—es una nueva triunfadora encarnación de la Belleza, que avasalladoramente se ha impuesto al sentir universal. El franciscanismo brotó del sepulcro del Santo como aquel simbólico árbol de Jessé, cuyas raíces vemos arrancar del corazón del patriarca dormido en los retablos de las catedrales.

Cuando el que se llamó *Collado del Infierno*—por haber sido lugar de ejecuciones capitales—, por orden pontificia, mudó su nombre en el de *Collado del Paraíso* y sobre él se erigió, por designio de Gregorio IX, la triple basílica de Asís, que con su cripta hundida en la tierra, su segunda iglesia penumbrosa estribando en la cripta y la tercera inundada en sol, abierta al esplendor de los cielos, parecen simbolizar la triple Iglesia de Dios: purgante, militante y triunfante, quiso el Pontífice, y su nombre fray Elías, que sobre el templo que guardaba los restos del Pobrecillo de Asís volcara el Arte las ánforas milagrosas de la inspiración.

Después que Cimabue, el que transfundió tímidamente a la pintura los primeros soplos de vida, singularmente en su célebre *Madonna*, llevada en triunfo por las calles de Florencia desde el taller del maestro a Santa María Novella, Madona que perpetúa aquel místico despertar del arte italiano, pintó en los muros de la iglesia superior de Asís aquellos episodios de la vida de San Francisco que son los tanteos, la lucha del Arte por su emancipación, adivinó el Giotto, el pastorzuelo criado en la soledad de los campos donde había aprendido, como San Francisco, a ver a Dios a través de la naturaleza, el Giotto arquitecto, escultor y pintor a un tiempo, en quien despuntaba el genio sintético y multiforme de Florencia; y aquel innovador de veinte años, empapado aún en el virginal aliento de los campos, sintió como ningún otro la hubiera sentido la gran poesía de la vida franciscana, que anegaba como en una aura mística, toda la tierra de Asís, y al evocar la exis-

tencia del Santo con el alma prosternada, creó un arte nuevo, un arte abrazado a la Naturaleza, un arte impregnado en patética emoción, un arte franciscano.

Quiero dejar la palabra a un historiador de la pintura para demostrar que no es mi fervor quien habla, que son la historia y la crítica estética quienes afirman que el Giotto, y con él la pintura italiana, y con la pintura todo el arte de Italia, brotaron del sepulcro de San Francisco, nacieron del aura de mística poesía que dejó tras de sí aquel gran amador de Dios. Después de anotar que de las pinturas juveniles del Giotto en el retablo de la Badia, en Florencia, no queda nada, y que los fragmentos de frescos de San Juan de Letrán y de San *Giorgio in Velabro* son poco importantes, consigna el citado historiador que las veintiocho composiciones ejecutadas en la iglesia superior de Asís, entre 1296 y 1303, evidencian la rapidez con que el pintor desprendió de la tradición bizantina, y escribe: «La ocasión era buena para emanciparse; allí, el joven maestro no se hallaba en presencia de asuntos antiguos, tradicionales, de ordenación, desde largo tiempo impuesta por el código bizantino. Lo que había de representar eran escenas casi contemporáneas, ya poetizadas por la imaginación popular. Y se inspiró candorosamente en las narraciones exquisitas de las *Fiorelli*; interpretó como pintor la deliciosa leyenda conservada por San Buenaventura, y, semejante al piadoso extático que pacificaba a los hombres, encantaba a las mujeres, atraía a los niños, conversaba con los pájaros, se dirigió como él a la naturaleza viviente». Y la Naturaleza viviente y el espíritu de su grande enamorado San Francisco animaron sus pinceles, y así nació el arte moderno y cristiano en Italia. Once años después (hacia 1314), el arte vivo ya entre las manos de Giotto, dio otro paso de gloria al representar en la bóveda de la iglesia inferior de Asís, sobre el sepulcro del Santo, en pinturas que han quedado como modelos de las grandes composiciones alegóricas, *El Triunfo de la Caridad*, *el Triunfo de la Pobreza*, *el Triunfo de la Obediencia* y la *Glorificación de San Francisco*; y además de la estigmatización del Santo (en el Louvre), aún dio el Giotto

otro paso triunfal, inspirado en San Francisco, al reproducir otra vez en los muros de la capilla Bardi, en Florencia, la vida del Santo de Asís; sobre todo la *Muerte de San Francisco*, representada con tal fuerza de verdad y de emoción, que desde aquella obra puede afirmarse, con el citado historiador, que «Giotto había introducido definitivamente en el Arte la Humanidad, con todas sus noblezas, sus miserias y sus hermosuras».

Libre el Arte de la hierática inmovilización bizantina, no hubo escuela, no hubo evolución, no hubo pintor italiano que no volcara entera su alma en una típica representación del Santo más popular, más nacional, más entrañablemente amado en Italia.

Y si desde las postrimerías del bizantinismo logró el Santo memorables representaciones en la pintura, con las de Berlinghieri en Pescia, las de Giunta de Pisano y Guido de Siena en Asís; en el mosaico, con los ábsides San Juan de Létrán y Santa María la Mayor; en la escultura, en el *Juicio Final*, de Oviedo; si Cimabue realizó el verdadero retrato del Santo en Asís, y Giotto creó allí la pintura nueva y en Asís siguieron inspirándose los Giottistas, ya en el siglo xv el beato Angélico, alma franciscana, que, bañando los pinceles en iris y ungiendo el alma en oración, pobló a Italia de sus visiones celestes, representó al Santo de Asís en el *Abrazo a Santo Domingo*, en la *Glorificación de San Francisco* (ambos en Berlín), en el *Juicio Final*, en la *Crucifixión* (San Marcos), en *San Lorenzo y San Francisco* (Galería de B. A., Florencia); Benozzo Gozzoli, el discípulo predilecto del beato de Fesole, en sus doce escenas de la Vida del Santo; Sandro di Pietro, «hombre de Dios» en *El voto de San Francisco*; Domenico Ghirlandaio, en sus seis sentidísimas escenas de la vida del mendicante de Umbría, en la Santa Trinita, de Florencia; y Pesellino, en el Noviciado de Santa Croce; y Botticelli, en sus obras de la Academia de Florencia; y Francia, y Perugino y Signorelli, y Filippino Lippi, y casi todos los pintores que florecen entre el Giotto y Rafael; y en pleno Renacimiento, Rafael mismo, que reprodujo tres veces la figura beatísima del llagado de

Albernia en la Disputa del Sacramento, en la *Sagrada Familia* (Galería Nacional de Dresde), y con desusada unción mística en su inmortal *Madonna*, de Foligno. Y no sólo Rafael, el Tiziano, en su *San Sebastián*, de la iglesia de San Pablo, en Roma; Andrea del Sarto, en los *Oficios*; Veronés, el Bronzino, Moreto; todos los pintores renacientes reprodujeron la amabilísima figura. Y no sólo la pintura italiana, nacida del espíritu de San Francisco; hasta la pintura flamenca del Renacimiento, tan poco mística; hasta Rubéns, el pintor de las paganas orgías de la carne, debieron al Santo de Umbría una de sus más admirables obras: *La Comunión de San Francisco de Asís*, «página única—dice un crítico—por su fuerza de expresión en la obra de Rubéns». Pero al arte español estaba reservada la gloria de realizar las más excelsas y místicas representaciones del Serafín de Asís.

Y si la tumba del Santo brotó con Giotto la pintura, y con la pintura todo el arte nuevo, de entre las ásperas rocas del Albernia, testigos de la pasión de Francisco y empapados con su llanto de amor, brotó la filosofía franciscana con las *Seis alas de los Serafines* y el *Itinerario de la mente en Dios*; libros que San Buenaventura quiso escribir en aquellas soledades henchidas de santidad. Platonismo bautizado y encendido en franciscanismo era la filosofía de San Buenaventura, alta ciencia de amor rebotando en suavísima poesía, de que iban a nutrirse todos los místicos futuros.

¿Y la Poesía? A la muerte de San Francisco, el suelo de Asís, los valles de Umbría, toda la tierra de Italia vaheaba de amor; los ingenuos ojos del pueblo, dotados de presciencias inefables, veían en la alta noche arder el monte Albernia en vívido claror de amanecer, como en la noche apocalíptica de la estigmatización; el cielo relampagueaba en prodigios, la tierra hervía en milagros; vivían los ciegos a quienes Francisco dio luz; los paralíticos, a quienes devolvió el movimiento; los que le vieron elevado en éxtasis o arrebatado en un carro de fuego; y en las ovejuelas, en las aves del cielo, hasta en los halcones y en los lobos; en el hermano fuego, en la hermana agua, en el hermano sol veían los humildes a los caros amigos

del Santo amabilísimo que ejerció la más santa y humana de las pedagogías al renovar la intimidad genesiaca del hombre con la Naturaleza. Y nació la leyenda franciscana, que se abrió como mística rosa entre las Manos de San Buenaventura; de ignoto origen, como lirios silvestres, brotaron las *Floreillas*, la *Iliada franciscana*; la nueva poesía había nacido ya de los labios del cantor de *Frate Sole*, toda cuya vida fue altísimo poema. De inspiración franciscana brotaron «la mayor oda y la mayor elegía del cristianismo (1)», el *Dies irae*, de Caelanio, y el *Stabat Mater*, del beato Jacopone, y del tierno Jacopone, alma gemela de la del Serafín de Asís, bebió luces de inspiración Dante Alighieri, el gran terciario, que en el habla vulgar en que San Francisco volcó la magna poesía del Evangelio y el raudal de fuego de su alma para acercar al pueblo la palabra de Dios, escribió la *Comedia Divina*, en que pusieron mano tierra y cielos. La Ciencia, la Filosofía, el Arte, la Poesía, todas las glorias de la gloriosísima Italia florecieron bajo los desnudos pies del pobrecillo de Asís.

Camino de Africa, sediento de apostolado y de martirio, «ebrio de amor» — como dice San Buenaventura, — llegó San Francisco a España, la predilecta de Dios, en los grandes días de las Navas de Tolosa; cruzó la Península de mar a mar derramando la semilla evangélica, y diríase que de su venida arranca la era de nuestras mayores glorias, pues como insuperablemente dijo Vázquez de Mella, «el franciscanismo es un injerto sobrenatural en España». El espíritu del grande amador se quedó entre nosotros y encarnó en el corazón de llamas del beato mallorquín Ramón Lull, hombre-legión que, siendo él solo una enciclopedia, aún fue más rico en amor que en pensamientos. Aquel soplo de vida y de realidad, de probidad científica, de celo de la verdad y de la difusión de la luz, el soplo franciscano, penetra toda la obra oceánica de Ramón Lull, el *Doctor Iluminado*, que hirviendo en caridad, en ansia de difundir entre el pueblo la luz de la ciencia, llega — en frase de Menéndez y Pelayo — a mezclar la exposición didáctica, y aun de las materias más áridas, con efusiones poéticas y mís-

(1) Menéndez y Pelayo.

ticas, que son trasunto de una alma ardiente y enamorada de la Belleza Suma y del Bien Infinito». El beato Lull, a quien pudiera llamarse el Calderón de la Metafísica, por su portentosa virtud para vestir de formas sensibles todas las abstracciones, vertió la ciencia a la lengua vulgar, a su nativa lengua catalana, y la cuajó en opólogos, en símbolos, y figuras geométricas, en versos claros, diamantinos, multiformes, como cristalizaciones maravillosas de ideas. Toda su enciclopédica obra está concebida y empapada en misticismo; pero su inspiración mística se contiene en un poema en prosa inserto en su singular novela *Blanquema*, que es un programa de perfección cristiana en todos los estados de la vida, en el *Cántico del Amigo y del Amado*, primer brote glorioso del franciscanismo en España y «joya de nuestra poesía mística digna de ponerse al lado de los angélicos cantos de San Juan de la Cruz», según Menéndez y Pelayo. Oigámosle: «Por los montes y las selvas busca (el Amigo) a su amor; a los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra para hallarle, ya que en la sobrehoz de la tierra no hay vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la caridad y el resplandor, más que la esencia y el sér... Todo se enciende en torno al Amigo en aquel Amor, que él siente «claro, limpio, sutil, sencillo y fuerte... rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos», nueva primavera espiritual, y al sentir en su alma «hervor de osadía y de temor». «Venid a mi corazón — exclama — los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas, venid a tomar agua en la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací y amor me crió, y de amor vengo y en amor habito». ¡Yá estaba San Francisco en España!

Pero el franciscanismo, difundido por el mundo con la celeridad de la luz y del amor, caldeaba ya todo el aire espiritual de nuestra Península, y ardía en el corazón del pueblo y en el de los Reyes: treinta y un años antes que se escribiese *Blanquema*, en 1252, moría en el Alcázar sevillano, con muerte franciscana, sobre un lecho de ceniza, con una soga al cuello, ceñido el cordón de San Francisco y ordenando que cantaran

el *Tedeum* mientras él espiraba, para celebrar así, como la celebró el penitente de Umbría, su próxima entrada en el cielo el Conquistador de Sevilla, el Conquistador *de lo más de Andalucía*; como rezan las *Cantigas* de su hijo, el fundador de la Catedral de Burgos y de la Universidad de Salamanca, el egregio terciario Fernando III, iniciador de la unidad y de la gran cultura española, en cuya frente brilla con esplendor más glorioso que el de las coronas, por primera vez unidas, de Castilla y de León, el celeste nimbo de la bienaventuranza. No era mucho que de quien murió tan beatamente naciera Alfonso X, el poeta de la Virgen, que cuando criado en aquel ambiente de franciscanismo y santidad — al decir de su sabio comentarista, el marqués de Valmor, — «hablaba con la Reina del Cielo, que fue la pasión mística de su corazón», como con «su maternal confidente»; y Alfonso X, el que con fe de primitivo engarzó en sus *Cantigas de Santa María*, llamadas por Menéndez y Pelayo *Biblia estética del siglo XIII*, todo el sartal de perlas de la leyenda áurea medioeval, fue también, es decir, fue por lo mismo que su alma estaba empapada en el soplo que todo lo enjuenece; el que, rodeado de una corte de trovadores de Provenza, de Galicia y Portugal, de maestros en Derecho, saber de *Natura* y *Mester de Clerecía*, juntó los dispersos ríos de las crónicas en la *Grande é Général Estoria*; dictó el *Fuero* y las *Partidas*; trajo a nuestro romance la prestigiosa ciencia astrológica de árabes y caldeos; y al mandar traducir a nuestra habla el cuento y el apólogo oriental que transmigrando desde el Indostán al Irón y a Siria, iban a fecundar las raíces de nuestra fantasía a través de la *Disciplina clericalis*, del *Calila y Dimna* y del *Sendébar*, recogiendo así todo el caudal de luces de la civilización musulmana que de nuestras manos iba a recibir Europa, creó nuestra opulenta cultura nacional.

Por eso dije otra vez que delante de cada magna floración literaria va un gran renovador de la lengua, que con significativa insistencia suele ser un místico o una alma penetrada en misticismo: en la Italia del siglo XIII, San Francisco, abriendo el camino al Dante, entre nosotros Raimundo Lulio, «el que reposa de la lengua provenzal la catalana y la bautiza.

haciéndola grave, austera religiosa...» (1), y el autor de las *Cantigas*, el que siendo patriarca y enriquecedor de la prosa castellana, quiso ungió en misticismo la lengua que el maestro llamó «primer instrumento de la lírica peninsular», la gallega o portuguesa «que en rigor merece llamarse *lengua de los trovadores españoles* para que por toda nuestra Península ardiera el habla en espíritu antes de florecer en belleza; y en el siglo XVI fue Teresa de Jesús la que emancipando de todas las servidumbres nuestro romance de Castilla, y comunicándole todas las elocuencias, creó la prosa del casticismo en la que iba a modelar Cervantes la más gloriosa de las concepciones estéticas: el *Quijote*.

Y aquel soplo franciscano que desde el siglo XIII arrebató los espíritus, creó del XIII al XV nuestra mística de piedra, las catedrales; y en pos de San Fernando, lanzó a reyes y pueblos a continuar con renovados bríos hasta las musas de Granada nuestra cruzada multiseular. Y acabada gloriosamente la reconquista con alientos de la gran reina terciaria que supo comprender a Colón el terciario vidente y profético y adivinar a Cisneros el franciscano inmortal, merced a aquellos tres hijos de San Francisco, nos sentimos tan grandes que viniéndonos estrecho un mundo, descubrimos otro, y no cabiéndonos el espíritu en la tierra, colgamos del cielo una escalera de oro para comunicarnos con él: nuestra mística inmortal.

Todos sabéis que entre nosotros la historia de la mística Teología se confunde con la propia historia de España, con la génesis de nuestro casticismo, con la generación prestigiosa de nuestro soberano arte indígena; todos sabéis que la mística es algo ingénito en nosotros, flúido etéreo que corre por nuestras venas, celeste llama que arde en el ápice de nuestra mente, ascua que enciende la medula de nuestros huesos, presagios y vislumbres de más alto vivir que disolvieron luces inmortales en oro flúido de nuestra lengua; todos sabéis que cada vez que la vara de un taumaturgo de la inspiración hiere en la roca de nuestro casticismo, el raudal vivo surte, cúmplase el prodigio, las aguas de la escondida fuente renuevan la vida y el es-

(1) Menéndez y Pelayo—*De la poesía mística*.

píritu de esta España que no morirá porque por sus hondos cauces étnicos fluye la sagrada linfa mística bebida en la propia fuente del amor de los amores.

Tal es la génesis de nuestro Arte; tal el secreto de su vitalidad inextinguible.

Pero la historia de nuestra gran literatura mística está por escribir; acaso no nos hemos detenido a pensar hasta dónde penetró y regeneró nuestras energías creadoras, en qué proporciones se sumó y se combinó con nuestro genio indígena y hasta qué términos agrandó en nuestra mente la noción de la verdad interna y de la externa, apresurando el triunfo definitivo de la forma nacional en la novela, en el teatro y en la pintura, aquella vida nueva y fecundante de la mística inspiración que habiendo florecido ya tan gloriosa bajo los desnudos pies de San Francisco en la Italia del siglo XIII, y suscitado a poco en tierra española a nuestro iluminado Ramón Lull, diríase que como de propósito, retardó su germinar en Castilla, para que savia vivificante empapara las raíces de toda nuestra cultura estética y se difundiese como raudal de gracia celeste por las venas de la lengua que iba a ser alma inmortal de dos mundos. A santificar esa lengua que iba a evangelizar un continente y a crear los más grandes monumentos literarios de la Edad Moderna, el teatro, el *Quijote*, las *Moradas*, y a renovar el espíritu de que iba a animar una raza nueva envió a Dios a la doble legión apocalíptica que venía a ejercer entre las gentes el divino apostolado del amor, a ofrecer a los sabios y a los artistas un nuevo mundo interior lleno de abismos, de misterios y de revelaciones. Eran los enviados de la luz; eran los ascéticos y los místicos. Mientras la legión de los ascéticos teólogos, humanistas, escriturarios, cuya representación más alta es fray Luis de León, derramaba sobre el pueblo el raudal de las inspiraciones divinas, y abría a las inspiraciones divinas, y abría a la inspiración de los poetas las puertas de oro del Oriente bíblico, la legión heroica de los místicos cuya encarnación soberana es Teresa de Jesús, transfiguraba la lengua nacional en el Tabor de las divinas comunicaciones y completaba la dualidad humana empalmando la realidad visible

con la realidad imperiosa y abismática de nuestro mundo interior.

Sin los místicos no se explica con rigor de lógica nuestro gran arte realista, tan robusto de complexión, tan lleno de alma, tan insuperable, tan nuestro. No pudo ser casualidad que tras de los grandes maestros en psicología experimental viniesen los grandes psicólogos del teatro, de la novela, de la pintura: Tirso, Cervantes, el Greco. Fueron los místicos los que dieron al arte un nuevo mundo lleno de arcanos y revelaciones: el mundo psicológico: fueron los místicos los que acrisolaron el alma vulgar para hacerla digna de llevar al corazón del pueblo la palabra de Dios; fueron los místicos los que al iniciar el habla en secretos del espíritu y en misterios de la eternidad acrecieron sus prestigios y doblaron sus riquezas. Fueron los místicos; fue Teresa de Jesús, el mayor psicólogo y el mayor poeta de la mística, la que caldeó la lengua en el regazo de llamas de su espíritu, la que la levantó sobre las alas del éxtasis al Oreb y al Sinaí de las divinas comunicaciones.

Fue Teresa de Jesús, como San Francisco, nueva encarnación del Amor de Caridad, y tan semejante al Serafín de Asís en sus fundaciones, en su renovación evangélica, en su mendicante andantismo, en su apostolado de amor, en su exaltación de la humildad, en su abrazo con la pobreza, en su anhelo de que todos los hombres enloquecieran con la locura divina de la Cruz, en sus martirios de amor, en su carne traspasada y herida por dardo de Serafín; la que, como San Francisco en el siglo XIII, vino a nosotros en el XVI, para abrir una era de amor y de renovación en que el espíritu humano renaciera con nueva y doblada vida, como reencarnado por el divino amor. Por eso, como de San Francisco procedió toda la vida espiritual y estética de Italia, de Santa Teresa, alma gemela en amor de la de San Francisco, procedió toda la vida espiritual y estética de la España de los dos siglos de oro.

Y como en Italia vimos al arte nacer del santo sepulcro de Asís bajo los pinceles del Giotto, en España vemos surgir el arte nacional del seno de la mística, en el aura flamígera del

Toledo de tradición y de éxtasis, en que Santa Teresa acababa de escribir entre resplandores de gloria un libro sobrehumano: *Las Moradas, nuevo apocalipsis del amor*. Y no soy yo; es otra vez la historia del arte la que habla por mí; es el maestro Cossío— a quien nadie acusará de fanático ni de misionista— el que nos evidencia con firmeza de convicción adquirida por el propio esfuerzo, como *El entierro del conde de Orgaz*, y con él toda nuestra gran pintura realista proceden del misticismo español.

El señor Cossío, en el admirable estudio en que nos resucita al Greco, percibe y evidencia la génesis espiritual del arte nuevo en *El entierro del conde de Orgaz*, y el creciente desarrollo de este arte que iba a ser nuestro arte español, en la asombrosa serie de los *San Franciscos* y de los retratos con alma del Greco.

Ya lo veis; del seno de la Mística surge, al par que nuestra pintura nacional, el primer brote fecundo del *franciscanismo* del Greco, desarrollado después en la serie asombrosa de sus *San Franciscos*, tan austeramente castellanos, tan españolísimamente ascéticos. Es decir, que en el momento en que el Greco *vio*, con la videncia casi milagrosa de la creación artística, a San Francisco, el momento en que el alma del Greco ascendió en raptó estético a la cumbre flamígera en que flota el alma del grande amador de Asís, fue el momento en que, herida su mente por un rayo de la luz increada, engendró una obra que abre era en la historia del arte, una obra que inicia y contiene en germen todo el arte nacional.

Los *San Franciscos* « españoles » del Greco— los sentidos con alma española— carecen de todo reposo y de aquella beata suavidad en que envolvió Murillo el suyo, tienen el estremecimiento, la convulsión apocalíptica, la locura divina de la Cruz; tienen la suma concreción del símbolo; son la cifra estética de la exaltación mística de la España de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Contemplad el San Francisco del palacio de Cerralbo, el del Museo del Prado, el del Colegio de la D oncellas, en Toledo...; cualquiera de los *San Franciscos* « españoles » del Greco; aquello no es un hombre; el ascua

del espíritu ha derretido toda carne; parece más que un santo, la santidad misma; es la exaltación, la fiebre, el delirio, el raptó, el éxtasis... ¡ Es la muerte de amor envuelta en unos hábitos !

El San Francisco de Murillo en cambio, es el amor pisando al mundo, triunfando de la muerte; es la embriaguez en la suavidad infinita de la comunicación con el amado; es el Mártir del Gólgota desclavándose de la Cruz por milagro de ternura, para abrazar al mártir de Albornia y darle a gustar el deleite sobrehumano del morir por amor de todos.

Murillo, que creó el tipo estético de las concepciones, creó también el tipo estético de San Francisco; y al pintarle abrazado a Jesús, pisó el último peldaño de la escala de oro de la inspiración cristiana.

Del seno de la mística brotó también nuestra escultura policroma, la manifestación más genuina y original del arte indígena y cada vez más estudiada y admirada de propios y de extraños; arte que tanto como el de Murillo, acaso más que el de Murillo, expresa en Martínez Montañés, con la veheméntísima devoción de mi tierra andaluza, la fusión del más fuerte realismo con el más exaltado misticismo español. Y fue un discípulo de Montañés, Alonso Cano, el que en dos estatuillas (la de Murcia y la de París) acertó a dar al Penitente de Umbría un sentimiento místico por nadie superado, según un crítico francés (1), que dice: « Fra Angélico, Simone Memmi, Memling, no han ido más allá ». Y más allá fue un discípulo de Cano, un nieto en escultura, de Montañés, Pedro de Mena. No al tempestuoso y soberbio Alonso Cano, a su piadoso y españolísimo discípulo Pedro de Mena, hombre de ardorosa fe que crió para Dios sus cinco hijos, y de tan franciscana humildad, que, como el ascético y legendario Mañosa, mandó que le enterrasen a la puerta de una iglesia para que le pisaran todos, estaba reservada la gloria de lograr la representación definitiva, insuperable, del gran amador de Asís.

En la gubia de Pedro de Mena fulguró la centella mística, y en su diestra ardía la fiebre del divino amor cuando realizó

(1) P. Lafond.

el milagro de encender un leño en la locura celeste que arrebatada al llagado de Albernia. Delante de aquel santo las rodillas se doblan, el llanto acude a los ojos, una majestad sobrehumana rinde al espíritu menos creyente; aquello no es una obra de arte; aquello no es sólo la cumbre de la plástica española; es mucho más; ¡ es la plastificación del éxtasis; es la plastificación asombrosa del paso de Dios por un alma !

Del seno de la Mística—ya muchas veces lo dije—surgió también nuestra inmortal literatura del gran siglo. Y el *franciscanismo*, carácter determinante y esencial de nuestra mística, era predilección fervorosa en Lope, en Cervantes, en Tirso. En Lope, en cuya obra religiosa adviértese, según Menéndez y Pelayo, « singular amor y veneración a la Orden de San Francisco, y cierta preferencia por el sentir teológico de la Orden seráfica »; en Lope, que dedicó toda una comedia a la Tercera Orden y fervorosísimos versos al santo de Umbría; en Tirso, cuya segunda *Santa Juana* contiene todo un acto franciscano; en Calderón, que al disponer su triple mortaja quiso que vistieran su cuerpo interiormente con el sayal y cordón de San Francisco; en Cervantes, que al declinar de su vida profesó de terciario y bajó al sepulcro envuelto en el sayal del Serafín de Asís. En Cervantes, que ya con el sol de la inmortalidad bañándole la frente creadora, acaba así su Canción a los éxtasis de la B. M. Teresa de Jesús:

« Canción, de ser humilde has de preciarte  
cuando quieras al cielo levantarte,  
que tiene la humildad naturaleza  
de ser el todo y parte,  
de alzar al cielo la mortal bajeza ».

Y con estas dos alas, la humildad y el amor, subió Cervantes, y con él todo el arte cristiano, a la cumbre de la gloria. Es que la soberbia es la negación del amor, la negación de la fe, la negación de Dios que no se dio nunca a los poderosos ni a los sabios sino cuando se hicieron humildes por amor; de Dios cuyo Espíritu bajó en lenguas de fuego sobre la cabeza de los pobres pescadores de Judea y sobre los grandes amadores. Es que hasta para aprender la ciencia humana hay

que poner el alma de rodillas. Es que la Rosa de la ideal Belleza no nace sino en las cumbres vecinas de los cielos ni se deja cortar sino de manos enfebrecidas de amor; es que a pesar del colosal fratricidio que hemos presenciado ahora y siempre los que asumen la representación inmortal de los pueblos no son los Césares, ni los Cresos, ni los sabios; son los poetas, los místicos, los santos; son Homero, Dante, Cervantes, San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, los que renuevan el aire espiritual del mundo, los creadores de Belleza, los enviados de la Luz. Siete siglos hace que murió San Francisco, y su espíritu jubiloso, con el júbilo siempre nuevo de la santidad, enjuenece los campos de Umbría, arde incendiando en cegadoras llamas el Albernia como en la noche apocalíptica de la estigmatización; humaniza la llameante faz de *Fralesole* como si atendiera a su cantor beato, bulle en la fuente limpidez armoniosa de la Hermana Agua, lira de cristal de la Mística, gorgoea en las arpadas gargantas de las hermanas aves, aladas, voladoras, enamoradas de la luz y de la altura como el alma; y hasta parece que nos señala el camino de los cielos con la descarnada mano de « la hermana muerte corporal ». San Francisco no ha muerto; su espíritu se abrazó a la Naturaleza y a las almas de los hombres para unir las más apretadamente con Dios; San Francisco no ha muerto; su sed de amor nos quema a todos las entrañas; su sed de luces reveladoras nos enciende los labios; confesada o inconfesadamente, todos somos místicos; a todos nos abrasa la sed del vivir que no se acaba, del amor que no se agota. Por eso la humanidad sedienta como nunca de paz corre a postrarse ante el sepulcro de Asís, como ansiosa de que de él brote de nuevo la fuente de ternura que puede otra vez renovar el mundo; el amor de Caridad.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

